



prueba del ingenio, discrecion y habilidad de quien habla, y no de la lengua.

222 En cuanto á la claridad, he oido á muchos extranjeros que les ofende tanto número de equívocos en la lengua castellana; y al contrario, he oido decir á muchos españoles que ese es uno de los mayores primores de nuestra lengua. Unos y otros se engañan. Las voces que pueden tomarse equívocamente son innumerables en todas las lenguas. El tomarlas así ó no, depende del genio ó hábito de quien habla, en lo cual no puedo negar que no pocos de los nuestros se hicieron pueriles, como Góngora, Quevedo, Gracian y otros muchos, que por afectar gran copia de equívocos llenaron sus escritos de sentencias falsas.

223 He oido decir á muchos que la lengua castellana es muy sublime. Lo que hay es que les parece tal en boca de los que oyen ó en los escritos que leen; porque dependiendo la sublimidad del decir de la mayor comprension de la cosa con todas sus circunstancias, el decir la desnuda de ellas es indicio de la pobreza de ingenio de quien habla, y el representarla adornada de todas ellas es prueba de la fecundidad de la imaginacion, y del juicio y viveza de quien habla.

224 A este tenor pudiera yo ir discurriendo de las demas perfecciones del lenguaje. Y siendo cierto lo dicho, no puedo dejar de reirme de la nueva invencion de paralelos de las lenguas que imaginó el Padre Bouhours (1), el cual, deseando preferir la francesa á la española é italiana, fué buscando los ejemplares que le parecieron mejores en la suya, y los que solamente los ignorantes habian alabado en las otras dos lenguas, y despues de un coitejo muy indigno de un hombre de juicio como él era, echó su «Fallamos que debemos condenar y condenamos á las dos lenguas española é italiana, publicando una sentencia sumamente injusta.

225 Sepa, pues, todo buen español y todo el mundo que tenemos una lengua abundanti-

(1) El P. Bouhours, jesuita y habil crítico, nacido en París en 1628, muerto en 1702, enseñó humanidades en aquella ciudad, encargándose despues de la educacion de los príncipes de Longueville, y más tarde de la del marqués de Seignelay, hijo de Colbert. Sus obras principales son: «Entretiens d'Ariste et d'Eugène, Doutes sur la langue française, Manière de bien penser sur les ouvrages d'esprit. Pensées ingénieuses des anciens et des modernes,» y una «Version du Nouveau Testament.» Era hombre instruido y de buen juicio; pero, como ha sucedido á muchos de su nacion, no tenia inconveniente en faltar á la verdad y á la justicia por hacer alarde de «bel esprit.»

sima y suave, y que podemos usar de ella con la mayor propiedad y energía, con brevedad, sublimidad, elegancia, armonía, y por decirlo en una palabra, con elocuencia. Pero este dón no es dado á cualquiera. Los medios para conseguirle son estudiar muchísimo, preguntar y aprender de todos cuanto sea posible, para saber la naturaleza y propiedades de las cosas y sus nombres; averiguar los orígenes de los vocablos y su uso más comun y expresivo para la propiedad; leer los mejores autores para imitarlos, si son de extraña lengua, en el pensar; si de la propia, en el pensar y decir, y ejercitarse en escribir, sujetándose á la censura de los que lo entienden, que son poquísimos. Y despues de toda esta diligencia, como el hablar bien es cosa que pide sumo ingenio, mucha observacion, gran juicio y continuado ejercicio, partes que raras veces se unen, será (como en todo lo demas) lo que Dios quisiere.

ORACION

EN QUE SE EXHORTA A SEGUIR LA VERDADERA IDEA

DE LA ELOCUCION ESPAÑOLA.

Que las principales lenguas europeas hayan llegado ya á perfeccionarse tanto que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas latino y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho, pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua española, majestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la más semejante á su nobilísima madre la latina, haya degenerado tanto que, desconocida ya su natural grandeza, viva tan poco favorecida áun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar que una gloriosísima nacion, que dió á la lengua latina un Porcio Latron, primer profesor de retórica de nombre y fama que tuvo Roma; una tan insigne familia como la de los Anneos Sénecas, seminario ilustre de elocuentísimos varones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que con salario del fisco abrió escuelas públicas en la metrópoli del mundo; no acabo, digo, de admirar que una nacion tan gloriosa sufra que otras la excedan en el adorno y cultura de sus lenguas, siendo éstas los principales instrumentos de la sociedad humana y pruebas incontestables de estar la razon más ó menos ilustrada. Yo ciertamente no sé á qué poder atribuirlo, sino á la falsa idea que comunmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos



que llaman ellos conceptos, debiéndose decir afectados delirios; procurar vestirlos con frases inventadas, taraceadas éstas de palabras poéticas extranjeras y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas sin eleccion ni juicio, y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos, y á veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes é idiotas. ¡Oh torpeza de la razon humana! ¡hasta dónde llegas! ¿No es así que se inventó el lenguaje para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? Pues ¿qué locucion mejor que la que más bien explica nuestros más ocultos pensamientos? A este fin no conduce mendigar oscuros vocablos buscados con diligencia, ó en las obras poéticas de nuestros tiempos, ó en los diccionarios extraños, ó en el capricho propio. Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas ó decorosamente traspuestas á la materia sujeta, éstas son las voces de que la oracion se compone. Y que esto sea así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan extraño lenguaje cuáles han sido los principios de la elocucion española, el uno dirá (y con razon) que el venerable padre Fray Luis de Granada, el otro (y bien) que el padre Pedro de Rivadeneira, el otro (si se inclina más á la moderna elocucion) que el padre Antonio de Vieira, para que pongamos ejemplo en autor que haya escrito en portugueses y castellano. Ahora bien, sea uno de los príncipes de nuestra lengua el que cada uno quiera, con tal que sea de aquellos cuyo decir haya sido universalmente aprobado.

Cada cual abunde en su sentir. Solamente deseo que me respondais á esto. Si es así lo que decis, ¿cómo no procurais imitar á esos mismos? O si acaso sois muy ambiciosos de gloria, ¿cómo no trabajais en excederlos alargando el paso por aquel camino que allanaron ellos? ¿Hay alguna cláusula de cuantas han escrito esos insignes varones que necesite de intérpretes? No por cierto. Tan léjos están de incurrir en la menor oscuridad, que me persuado que muchos no los quieren imitar, porque sólo aman el estilo que necesita de tener un lector ingenioso. Infero de esto que los sectarios de este afectadísimo estilo, ó no han llegado á concebir la verdadera idea de la elocuencia, ó erradamente se inclinan á una verbosa algarabía. En fe de los hombres juiciosos, públicamente confiesan que son elocuentes los que poco há nombramos, y como ven que todos los juzgan constantemente portales,

no se atreven á manifestar su sentir opuesto para que no los tengan por hombres de juicio leve. Pero su mismo estilo persuade que ellos lo ménos que piensan es en imitarlos. Y así, á la leccion de aquellos y de algunos más que los ayudaria á formar un juicioso, eficaz y agradable estilo, prefieren otros con quienes su juicio niñea, ó por mejor decir, estudiosamente delira. De ahí se sigue la formacion de un estilo mucho más absurdo que aquel que imitan. Los grandes progresos que así se hacen, mejor que yo los dirá el discretísimo padre Pedro Juan Perpiñan, de quien seriamente decia Marco Antonio Mureto, primer orador de su siglo, que de su boca, como de la de otro Nestor, salia una oracion más dulce que la misma miel. Este jesuita, pues, en una de sus oraciones, dice que habiéndose propuesto imitar en sus primeros años (por la poca diestra direccion de sus indiscretos maestros, ¡cuántos de éstos hay!) algunos malos artífices del bien decir, cuanto más trabajaba se alejaba más de su deseado fin, hasta que reconociendo seriamente que el que corre más por el camino errado es el que se adelanta ménos hácia donde se debe ir, siguió el trillado y único de imitar á Tulio, y así llegó á ser en muy pocos años un Ciceron cristiano.

Pues ¿qué haceis, señores, que no seguís aquellas venerables pisadas que para memoria eterna de su admirable sabiduría nos han dejado impresas los más elocuentes españoles?

En el estilo familiar (además de las epístolas históricas del bachiller Fernan Gomez de Ciudad-Real, que feamente adulteró D. Antonio de Vera y Zúñiga, conde de la Roca, imitando los antiguos caracteres y la impresion de Búrgos del año mil cuatrocientos noventa y nueve, y además tambien de las ingeniosas de Hernando del Pulgar, de las eruditísimas, así del bachiller Rhua como del doctor y canónigo de Toledo Juan de Vergara, y de las sábias y utilísimas cartas pastorales de aquel virtuosísimo y prudentísimo prelado el patriarca de Antioquia y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, de inmortal memoria) tenemos, entre otras muchas que publiqué, las serio-burlescas de D. Francisco de Quevedo Villegas, las juiciosas y graves de D. Nicolas Antonio, las doctas de D. Juan Lucas Cortés, las discretas de D. Antonio de Solís, y las eruditas y elocuentes de D. Manuel Martí, dean de Alicante, y singular esplendor de la elocucion española, latina y griega.

En la ficcion entretenida, ó bien se llame jocosidad milesia, que es un género de narracion fabulosa que pide ménos gravedad y más



arte en deleitar que la verdadera ó histórica, tenemos á Miguel de Cervántes Saavedra y á D. Francisco de Quevedo, que en mi opinion se aventajaron, el primero á Heliodoro en la eutrapelia y en la pureza y suavidad de estilo, y el segundo á Apuleyo en el ingenio, gracia y facundia.

En el estilo filosófico, que es el propio de los hombres juiciosos y bien enseñados, tenemos á los tres grandes maestros (así se llamaban ántes los que ahora doctores, aunque haya pocos que merezcan tan honroso nombre) Alexio Venegas, que por su gran doctrina y erudicion vastísima, profana y sagrada, fué justamente celebrado como español Varron; á Fernan Perez de Oliva, que fué en su tiempo un Marco Tulio, de tan elegante estilo que áun hoy admira; á Pedro Ciruelo, impugnador acérrimo de las supersticiones del vulgo, y acercándonos más á nuestros tiempos, á Antonio Lopez de Vega, que en el ingenio parece un Séneca y en el decir le excede, manifestando al mismo tiempo un genio tan placentero, que pudo lograr que un moderno Demócrito hiciese conversable, congenial y ménos querrelloso á otro nuevo Heráclito. Fuera de lo cual tiene este gran filósofo moral, aunque poco conocido, la prerogativa de que su estilo es muy enmendado, perfeccion que han logrado muy pocos españoles, porque es rarísimo el que sabe la gramática de su propia lengua. Y no es mucho, pues no hay gramática buena que poder estudiar; y haber de observar en todo, ó la analogía de la lengua, ó la costumbre de hablar, ó la uniforme y constante autoridad de los más elocuentes, es para muy pocos.

Pero dejando esto para otra ocasion, ¿quién hay que sea tan poco leído que ignore hasta dónde hemos llegado en el estilo histórico? Don Diego de Mendoza compitió con César en la pureza, facilidad y elegancia. Pero su «Guerra de Granada» debe leerse como él la escribió. Quiera Dios que algun dia la publique yo cotejada con los manuscritos que tengo para este fin. El maestro Fray Juan Marquez en su «Gobernador christiano,» si solamente se lee en las «Vidas de Moises y Josué,» las cuales están artificiosamente separadas, sirviendo como de texto á sus excelentes discursos morales y políticos, nos dejó una idea nobilísima de la perfecta historia por el juicio, arte, singular propiedad y dulzura con que escribió. Fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona, fué tan puro español como Cornelio Nepote fué latino, y dió á sus escritos mucha mayor eficacia. La vida que publicó de Santa Teresa de Jesus está escrita con gran espíritu de pureza de estilo.

El maestro Cano, hombre de severo, pero de justísimo juicio, gravemente se dolía de que los filósofos gentiles hubiesen logrado historiadores más hábiles que los héroes cristianos. Dióse por entendido el padre Pedro de Ribadeneira, y publicó las vidas de los santos con suave, ameno y elegantísimo estilo. Despues escribió el licenciado Luis Muñoz, de castizo, dulce y agradable decir, en cuyas partes no cede á Suetonio Tranquilo.

Hablo sólo del estilo, no de lo sustancial de la historia, porque si hubiésemos de hacer anatomía de ella, en tal caso diria que en lo que toca á la descripcion de las personas me parece Hernando del Pulgar en sus «Claros varones» un Velejo Patérculo, al cual excedió en pintar con sus vicios tan al vivo á los hombres principales, que entónces vivian, como si fuesen muertos y no tuviesen parientes. Y si considerásemos los enlaces de unas personas con otras, quiero decir, las genealogías, diria yo que el licenciado Argote de Molina en esta parte de la historia fué tan feliz, que supo escribir con verdad, que es el mayor elogio que le podria dar; y que Don José de Pellicer fué tan lleno en este género de noticias, que justamente mereció el nombre de Príncipe de los genealogistas de España, y por eso alguno hizo estudio de recoger sus obras, impresas y manuscritas, para lucirse con ellas. En lo que toca á la descripcion de los lugares de nuestro continente, añadiría yo que el maestro Florian Ocampo fué el Estrabon, el segundo Mela, el Plinio de España. Ni me faltaria qué decir de la distincion de tiempos, pues el padre Juan de Mariana dió nueva luz á la computation de los años árabes. Don Josef de Pellicer á toda la cronología, y finalmente diria yo que el Marqués de Mondéjar y Don Nicolas Antonio en sus obras impresas, y especialmente en las manuscritas, que son las mejores de este par sin par de escritores de las cosas de nuestra nacion, son los dos ojos críticos de la Historia de España, y que hasta que se publiquen sus obras y las memorias originales de que estos y otros grandes varones se valieron, y se lean y estudien, se escribirá muy á ciegas de los sucesos pertenecientes á los primeros siglos cristianos.

Pero no es tiempo de entretenerme en manifestar estos y semejantes progresos de nuestra historia. Sólo me toca hablar de la narracion seguida de los sucesos, en que, segun mi juicio, igualó en prudencia y gravedad, y excedió en diligencia y abundancia á Tito Livio, príncipe de los historiadores romanos, el gran Jerónimo Zurita, que si bien fué parco en las oraciones hechas en drechura, lo ejecutó así



por conformarse más con la verdad, refiriendo las cosas como pasaron y no como debian pasar. Y si esto pareciera falta de elocuencia, como la tuvo, y se la notó como tal su grande amigo D. Antonio Agustin, yo no lo tengo por defecto si se atiende al sumo rigor del arte histórica. Y cuando Zurita haya sido defectuoso en esto (que no es fácil unir con una suma elocuencia una exactísima diligencia como la suya en referir las cosas como fueron en sí), ya procuró suplir esta falta otro gran varon ménos versado que Zurita en el conocimiento de las cosas antiguas y modernas; pero tan prudente como él, y muy experimentado en las políticas de su tiempo, las cuales manejó con gran acierto, retirándose despues con tanto desengaño suyo como ejemplo de todos; don Diego Saavedra Fajardo, que en su «Corona gótica» tiró á imitar las oraciones de Tito Livio, como tambien las de Quinto Curcio; don Antonio de Solís con su discreto y florido estilo. Solamente á Salustio y Tácito no hallo hasta hoy dignamente imitados en las vidas particulares de los grandes hombres. Porque si bien D. Antonio de Fuenmayor fué nerviosamente sucinto en la que escribió de San Pío Quinto, dejó muy sueltas las cosas que dijo, sin cuidar de atarlas artificiosamente. No sé si el suceso corresponderá á mi deseo; en la vida de San Juan Bautista que tengo escrita, pero no limada, he procurado hacer una composicion que imite á la de Salustio y Tácito.

¿Pero qué diré del estilo oratorio? Flaquea mi algo en el arte, como ya lo manifesté en mi *Orador christiano*. Pero si de los mejores libros históricos se entresacasen algunas oraciones, y de los místicos algunos discursos, se verian tales piezas ó retazos de elocuencia, que pudiesen dar una nobilísima idea, así del modo de pensar como de la prudencia en disponer, eficacia en persuadir, y propiedad y dulzura en el decir. Y tengo esto por tan cierto, que hice una gustosísima experiencia quitando á uno de los profundísimos diálogos sobre los nombres de Christo, de Fray Luis de Leon, las demandas é introducciones á las respuestas, y juntando éstas sin añadir si quiera una palabra; y con admiracion mia salió una oracion totalmente proporcionada, tan alta por la grandeza de su asunto y tan perfecta en el arte, que puede competir con cualquier otra, por excelente que sea. Experiencia que prueba y manifiesta. (en mi opinion) que si tuviésemos oraciones de Fray Luis de Leon serian en todo admirables. En cuyo sentir tanto más me confirmo, cuanto más considero que igual fuerza de razones, eleccion de auto-

ridades, arte en disponerlas y propiedad de estilo en explicarlas, no se halla en otro escritor español. Pero la extension necesaria en los grandes misterios fastidia á los ingenios curiosos de novedades, y la profundidad con que los trata aparta á los entendimientos superficiales.

La lástima es que las obras de este gran varon, de los venerables maestros Avila y Granada y de otros pocos (pues semejante á ellos en muchos siglos hay pocos), ó no suelen leerse, ó si por ventura se leen, no se suele conocer lo mejor que tienen, y únicamente se imita lo que se debiera huir, y es que por lo regular se ignora dónde está, ó falta el artificio que prescribe el arte, y la distincion que hay de las cosas al estilo, y de las partes del buen estilo entre sí, siendo frecuente en los autores ser eminentes en alguna prenda, ó de pensar ó de decir, y ni áun medianos en todas las demas. ¿Y qué hay que admirar que muy pocos desciernan esto, si son tan pocos los que leen, para lo que toca al arte de hablar, entre los griegos á Aristóteles y Dionisio Longino, entre los latinos á Ciceron y Quintiliano, excelentísimos maestros de bien decir? Y mucho ménos son los que beben la doctrina en las mismas fuentes de la sabiduría, los libros sagrados y los que escribieron los inventores y propagadores de las artes y ciencias. Y si hay algunos que los leen, ¿cuán pocos son los que practican lo que enseñan éstos! Y si lo intentan practicar, ¿qué pueriles son! Antiguamente se quejaba con muchísima razon el juiciosísimo escritor del célebre *Diálogo de los Oradores* de que los que en su tiempo oraban, hacian sobrado caso de los sequisimos preceptos de Hermágoras y Apolodoro, haciendo sus oraciones ridículas con la impertinente afectacion de reglas tan frias. Hoy vemos con grande lástima que de la facultad oratoria ó no se aprende cosa, ó se aprende sólo aquella parte pueril de tropos y figuras que sólo basta á formar un retoriquillo, ó por decirlo mejor, un necio bachiller. Grandemente, como suele, dijo el padre Juan de Mariana en su «Instruccion de Reyes,» que la oratoria es en sí difícil, pero su arte breve. Atendiendo á esto, ¿cuántas veces he dicho que seis bien dirigidos pliegos de Francisco Sanchez de las Brozas, ó muy pocos más de mi sabio paisano Juan Luis Vives, aprovecharian más que cuantas instituciones hay escritas en lengua española? Yo quisiera ver á la juventud mucho ménos instruida en tanta multitud de preceptos, y más bien ejercitada con pocos y claros documentos. Quisiera, digo, ver á la juventud más aplicada á fe-